

---

# Dinámicas regionales: cooperación y conflicto

---

PID\_00266135

Eduard Soler i Lecha

---

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 4 horas

---



**Eduard Soler i Lecha**

Investigador sénior de CIDOB (Barcelona Centre for International Affairs (CIDOB) y profesor asociado de relaciones internacionales en la Universidad Ramon Llull - Blanquerna, en la IBEI y en la UOC. Ha sido el coordinador científico de MENARA, un proyecto de investigación europeo sobre los cambios regionales en Oriente Medio y el Norte de África, y desde 2013 es el líder del proyecto EL-Hiwar, un proyecto de formación ejecutiva sobre diplomacia euro-árabe implementado por el Colegio de Europa. Sus áreas de trabajo son la geopolítica de Oriente Medio y el Norte de África, Turquía, y la política exterior europea y española.

El encargo y la creación de este recurso de aprendizaje UOC han sido coordinados por el profesor: Daniel Rajmil (2019)

Primera edición: septiembre 2019  
© Eduard Soler i Lecha  
Todos los derechos reservados  
© de esta edición, FUOC, 2019  
Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona  
Realización editorial: FUOC

*Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares de los derechos.*

# Índice

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>Objetivos.....</b>	<b>6</b>
<b>1. Las regiones como marco de estudio en relaciones internacionales.....</b>	<b>7</b>
<b>2. Asia-Pacífico: la nueva centralidad.....</b>	<b>9</b>
2.1. China: ambición sin prisas .....	9
2.2. La nueva Ruta de la Seda .....	11
2.3. La India: ¿potencia regional o potencia global? .....	12
2.4. Conflictos multinivel .....	13
2.5. Cooperación y regionalismo .....	15
<b>3. Las Américas: polarización multinivel.....</b>	<b>16</b>
3.1. Polarización y fragmentación internas .....	16
3.2. Narcotráfico y violencia .....	17
3.3. Potencias regionales, regionalismo y tensiones fronterizas .....	18
3.4. Los límites de la hegemonía de Estados Unidos .....	20
<b>4. Oriente Medio y el Norte de África después de las primaveras árabes.....</b>	<b>22</b>
4.1. Estados fuertes, Estados fallidos y proliferación de actores no estatales .....	22
4.2. Conflictos regionales y multipolaridad .....	25
4.3. Intervencionismo, penetración y permeabilidad .....	28
<b>5. África: contenedor de crisis o laboratorio de oportunidades.</b>	<b>31</b>
5.1. El lastre del pasado y la esperanza de un África emergente .....	31
5.2. Conflictos y perspectivas de paz .....	33
5.3. Malí y Libia: el nexo de inseguridad Magreb-Sahel y su dimensión global .....	34
5.4. Potencias africanas y regionalismo .....	35
<b>6. Europa: crisis superpuestas.....</b>	<b>37</b>
6.1. Crisis del proyecto de integración europea .....	37
6.2. Crisis económica o de solidaridad .....	39
6.3. Rodeados por un anillo de fuego .....	40
6.4. Balcanes: trauma y escenario de rivalidad paneuropea .....	41
<b>Resumen.....</b>	<b>43</b>

<b>Bibliografía</b> .....	45
<b>Anexo</b> .....	47

## Introducción

La especificidad de este módulo es que traslada al ámbito regional el análisis de muchos de los temas que se han abordado en los tres anteriores. Como veremos en el primer apartado, las regiones son construcciones sociales y, por lo tanto, son categorías que evolucionan, que reciben nombres diferentes y que tienen límites que evolucionan con el tiempo. La definición de cuáles son los espacios regionales de referencia supone, por lo tanto, una primera elección. No es lo mismo, por poner un ejemplo, hablar de mundo árabe o de Oriente Medio.

En este módulo el estudiante tiene la oportunidad de profundizar en las dinámicas de cooperación y conflicto en cinco espacios regionales: Asia-Pacífico, las Américas, Oriente Medio y el Norte de África, el África subsahariana y Europa.

En cada uno de ellos se identifican los actores clave y los elementos que han dado consistencia a estos espacios como regiones geopolíticas. Las dinámicas de cooperación y conflicto tienen un peso preeminente en el análisis, acercando al estudiante a los principales conflictos regionales y también a las plataformas de cooperación e integración.

Este módulo viene precedido de un rápido apunte teórico que nos situará en el papel de las regiones en el estudio de las relaciones internacionales y en conceptos clave como potencia regional, regionalismo u orden regional. Este paraguas teórico, pero también el esfuerzo de abordar los mismos temas en diferentes entornos y regiones, permitirá al estudiante establecer paralelismos, identificar tendencias genuinamente locales así como poner de manifiesto las peculiaridades de otras regiones.

## Objetivos

Al final del módulo los estudiantes serán capaces de:

- 1.** Identificar los principales actores regionales y las relaciones de cooperación o conflicto entre ellos.
- 2.** Establecer paralelismos entre diferentes entornos y regiones e identificar peculiaridades.
- 3.** Trasladar al ámbito regional los grandes debates de las relaciones internacionales.

## 1. Las regiones como marco de estudio en relaciones internacionales

«La política de un Estado está en su geografía». Frase atribuida a Napoleón.

No hay una definición estándar de qué es una región. Aun así, la mayoría de los autores coinciden en definirla como un conjunto de Estados y territorios unidos por la proximidad geográfica, a la que hay que añadir un cierto nivel de interacción y sentimiento de pertenencia. La región, así pues, parte de unas condiciones materiales pero no deja de ser una construcción social (Katzenstein, 2000). Por lo tanto, la concepción de qué es una región y cuáles son sus límites puede evolucionar con el tiempo.

La disciplina de las relaciones internacionales ha dedicado una atención creciente a las regiones como objeto de estudio y lo ha hecho desde perspectivas diferentes y a menudo en la intersección entre debates paradigmáticos. Un buen ejemplo de ello es la **teoría de los complejos de seguridad regional**, desarrollada por Barry Buzan y Ole Waever (2001), que combina perspectivas neorrealistas con elementos constructivistas y que forma parte de lo que se conoce como **Escuela de Copenhague**. Según estos autores, los integrantes de un complejo de seguridad regional participan de procesos de securización y desecurización y los problemas de seguridad de estos complejos no se pueden analizar o resolver de manera separada. Estos autores perfilaron un marco teórico aplicable a cualquier región del mundo. Entre otros, desarrollan la idea de conjuntos subregionales y la posibilidad de que adquieran suficiente autonomía para emanciparse del complejo regional inicial. También se fijan en el papel de las potencias regionales y en los diferentes tipos de complejos (uni-, bi- o multipolares) en función de cuántas haya.

Otro ejemplo de debate teórico es el del **orden regional** (Lake y Morgan, 1997). Una vez más, es un concepto que se utiliza a menudo sin que haya una definición convencionalmente aceptada de él. La propia idea de orden regional indica que es un intento de trasladar a la escala regional el marco conceptual relativo a la existencia de un orden global y a sus desafíos y, por lo tanto, está ligada a lo que se conoce como English School. Una de las múltiples formas de aproximarse a este concepto implicaría adoptar una definición muy amplia que entendiera el orden como el conjunto de arreglos formales o informales que sostienen las interacciones entre diferentes unidades de un sistema regional en la busca de objetivos individuales y colectivos. Cuando cambian los elementos constitutivos podríamos hablar de un cambio de orden.

Finalmente, otro ámbito es el que analiza, a menudo de forma comparada, los procesos de **regionalismo** (Fawcett y Hurrell, 1995). En este caso se trata de analizar cómo se conforman instituciones, más o menos formalizadas, por parte de un grupo de Estados de una determinada región que tienen como objetivo aumentar su cooperación o incluso avanzar hacia su integración. El estudio de este fenómeno se ha centrado, a menudo, en la identificación de los actores o las dinámicas que favorecen o impiden el regionalismo. También se han establecido vínculos con otros fenómenos en el ámbito global o doméstico. Por ejemplo, se ha preguntado si el regionalismo es una forma de globalización o es una respuesta a esta. También se pregunta si el regionalismo –o cuál de sus modalidades– erosiona el monopolio de los Estados como unidades del sistema internacional o, por el contrario, son una manera de reforzarlo. Recientemente, han ido ganando fuerza aquellas contraposiciones a la literatura que consideran que hay que diferenciar entre regionalismo y regionalización. Mientras que el regionalismo es un proyecto pilotado desde los Gobiernos, la regionalización evoca los procesos por los cuales aumenta la interacción económica, cultural o comunicativa entre sociedades de una determinada región y cómo, a menudo, esto refuerza el sentimiento de pertenencia.

Lo que tienen en común estos tres enfoques es la consideración de que el estudio de las relaciones internacionales tiene que incorporar la perspectiva regional, tradicionalmente ausente de formulaciones teóricas muy centradas en el análisis del ámbito global. También es un ámbito donde suele reivindicarse la necesidad o la conveniencia de «desoccidentalizar» la disciplina, avanzando hacia lo que Amitav Acharya (2016) ha denominado relaciones internacionales globales. En esta línea, este bloque analiza los principales actores y dinámicas en cinco regiones: Asia, América Latina, Oriente Medio, África subsahariana y Europa, y se pregunta cómo las dinámicas regionales inciden sobre el ámbito global y viceversa.



## 2. Asia-Pacífico: la nueva centralidad

Uno de los conceptos al alza en la reflexión geopolítica actual es el de asianización (véase, por ejemplo, Khanna, 2016) y de un cambio en la correlación de poder global (Zakaria, 2008; Mahbubani, 2008). Se observa un desplazamiento del centro gravitatorio hacia Asia, en términos económicos (un tercio del PIB global), demográficos (4.500 millones, 60 % del total mundial), de infraestructuras y también político. Además, es un concepto que intenta trascender la idea de que se trata de un proceso que pivota solo sobre China, incontestablemente la principal potencia reemergida del siglo XXI. Cuando hablamos de asianización, el análisis incluye la India, pero también otras potencias medianas, como Indonesia, Japón o Corea como motores de este desplazamiento gravitatorio. Comprender las dinámicas regionales en el continente asiático y sus protagonistas es uno de los ejes de la actual transformación del orden internacional (Yahuda, 2011).

### 2.1. China: ambición sin prisas

Cuando se calcula el PIB por paridad del poder adquisitivo, la República Popular China ya es la primera potencia económica global. En términos nominales es probable que también supere a los Estados Unidos y a la UE durante los primeros años de la década de 2020. Para entender la rapidez del crecimiento económico chino, habría que recordar que en 1995 su riqueza era una décima parte de la de Estados Unidos y era poco más grande que la de España. Este ascenso económico forma parte de un proceso a escala global en el que los ritmos de crecimiento son más altos entre las potencias del sur global que en los países occidentales y en Japón, y que en el caso de China se han acercado al 10 % anual –pero también son el resultado de las políticas impulsadas desde Beijing.

El año 1978 marca un antes y un después. Aquel año Deng Xiaoping lanzó un proceso de reforma económica de la mano de lo que algunos han denominado capitalismo de Estado y lo que las autoridades chinas presentan como una economía de mercado socialista o, en términos más amplios, como el socialismo con características chinas. El periodo de Deng Xiaoping estuvo marcado por una serie de reformas que iban encaminadas a atraer inversión, aumentar la productividad y reducir la pobreza, especialmente aguda en zonas rurales. Y la política dio resultados, no solo en términos de crecimiento sino también en la drástica reducción de los niveles de pobreza, que pasaron del 88 % de la población al 6,5 % entre 1981 y 2012. En esta línea, los avances producidos en China fueron clave por el esfuerzo colectivo para intentar lograr los Objetivos del Milenio de Naciones Unidas –precedentes de los actuales Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS)– y que, además de la erradicación de la pobreza

extrema y el hambre, incluían el acceso universal a la educación primaria, la igualdad de género, la mortalidad infantil, la salud materna, el combate contra el sida y la malaria y la sostenibilidad medioambiental.

Evidentemente, es en China donde el impacto de estas políticas ha sido más fuerte. Aun así, el éxito percibido de estas políticas ha favorecido otros procesos de apertura en otras economías socialistas, como la de Vietnam y, más recientemente y de modo más tímido, en Cuba. El impacto también es global en la medida en que están cambiando los equilibrios económicos globales, y hoy en día la salud de la economía china es un factor fundamental para el curso de la economía planetaria. De hecho, una posible desaceleración económica causada por factores internos pero acelerada por los efectos de la tensión comercial con los Estados Unidos de Trump es vista como uno de los potenciales desencadenantes de una recesión económica global. Finalmente, otro impacto global del ascenso de China es el aumento gradual de la presencia política y económica de este país no solo en los países de su entorno, sino también en África, América Latina y Europa.

Si hablamos de ambición, hay que prestar atención al impulso político del presidente Xi Jinping. Fue elegido presidente del Partido Comunista Chino en noviembre de 2012 y cuatro meses después se convertía en el presidente de la República. El periodo de Xi se caracteriza, en el ámbito doméstico, por la voluntad de control del país y del partido, con campañas de lucha contra la corrupción, la introducción de nuevas medidas de censura y control de la información, así como por la formulación de un «sueño chino» de superación individual y colectiva. En el ámbito internacional, la impronta de Xi se caracteriza por una retórica más nacionalista y asertiva, y por ello cada vez es más importante entender las visiones chinas de los grandes temas internacionales (véase, entre otros, Leonard, 2016 y Montobbio, 2017).

La política de asimilación del Tíbet –ocupado en 1950– y Xinjiang –región de población musulmana donde se han internado decenas de miles de uigures en campos de reeducación– es una de las caras más visibles del nacionalismo de puertas adentro. Respecto a Taiwán, Beijing reivindica este territorio como parte del territorio nacional. La isla se convirtió en refugio de los nacionalistas que luchaban contra los comunistas en la Guerra Civil china en 1949 y desde entonces ha escapado de su control. A pesar de haber tolerado la existencia de un régimen político diferente en este territorio, lo que China no admite es que pueda declararse como Estado independiente. El presidente Xi ha amenazado con el uso de la fuerza si se diera algún paso en esta dirección.

También tiene un fuerte componente nacionalista todo lo que está vinculado con las disputas marítimas y territoriales. En el mar de la China Oriental el choque se produce con Japón y Corea del Sur respecto a las zonas económicas exclusivas. Todavía es más intensa la tensión en el mar de la China meridional, donde China está enfrentada a Filipinas, Brunéi, Vietnam, Malasia e Indonesia por la soberanía de varios archipiélagos (Spratly y Paracel, principalmente), las

plataformas continentales y zonas económicas exclusivas. Esta es una disputa con trascendencia global por cuatro motivos: por el gran número de países que intervienen en ella, por el partido tomado por los Estados Unidos en contra de las posiciones chinas, por la elevación del caso al Tribunal de La Haya, y por el hecho de ser un espacio clave para rutas globales de navegación civil y militar.

## 2.2. La nueva Ruta de la Seda

Las infraestructuras se han convertido en uno de los ámbitos por medio de los cuales China proyecta con más dinamismo su ambición a escala global. La construcción de la nueva Ruta de la Seda o Belt and Road Initiative (BRI) es el mejor ejemplo de ello. Se trata de un vasto proyecto que busca volver a unir China con los principales puertos asiáticos, europeos y africanos, y la construcción de líneas férreas y autopistas que conectarían China con los principales mercados europeos a través de Oriente Medio. Este proyecto se formalizó en 2013 y las estimaciones de su coste son muy dispares (entre un billón de dólares y ocho billones, según las fuentes). Estos planes son vistos como el principal reflejo de una nueva visión geopolítica centrada sobre China. Los efectos más notables son la creación de nuevos marcos multilaterales de financiación, como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras, que se ve a veces como un posible rival de las instituciones de Bretton Woods (FMI, Banco Mundial, Banco de Desarrollo Asiático), pero también la rivalidad que genera en diferentes espacios geopolíticos para no quedarse fuera de estos planes o entre proyectos rivales. Uno de los puntos calientes es la construcción de dos proyectos portuarios rivales: Gwadar en Pakistán, impulsado por China, y Chabahar en Irán, con la India como principal inversor. En Europa, este proyecto también genera divisiones, como lo demuestra el malestar de varios socios de la UE ante la incorporación unilateral de Italia como socio del proyecto. Finalmente, cabe señalar que el desarrollo de estas infraestructuras va acompañado de un gradual pero constante aumento de las capacidades militares chinas. La construcción de la base militar en Yibuti, en el cuerno de África, es la prueba más notoria de ello.

El ascenso de China como potencia global plantea dudas sobre si es una manifestación más de un sistema internacional multipolar o, por el contrario, indica que se está avanzando hacia nuevas dinámicas bipolares entre Estados Unidos y China. El enfrentamiento comercial de las dos potencias y la nueva batalla por el control de los espacios digitales son dos de los ámbitos donde esta bipolaridad tiene un fuerte impacto a escala global.

### 2.3. La India: ¿potencia regional o potencia global?

Se calcula que en 2024 la población de la India ya habrá superado la de China. ¿Puede la primera demografía del planeta no ser reconocida como una potencia global? Hasta hace poco, a la India se la ha considerado como una potencia regional. Es decir, como un actor con capacidad de influencia en un espacio limitado y con quien el resto de los actores del sistema internacional interactúan, para abordar, preeminentemente, temas de alcance regional. El hecho de que, a diferencia de China, no tenga un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, no la ayuda a cambiar de estatus.

El hecho de que la India se haya centrado en su entorno más cercano también se debe a la peculiar relación con el vecino Pakistán, con quien las relaciones se han caracterizado por la hostilidad desde la partición sobre la base de criterios confesionales de la India británica en 1947. Los países se han enfrentado militarmente en varias ocasiones y uno de los puntos más complicados es el estatus de la región de Cachemira. La India reclama la soberanía de este Estado, mientras que Pakistán lo considera un territorio en disputa. La atención internacional por este conflicto aumentó a raíz de dos factores: el hecho de que los dos países hayan devenido potencias atómicas y la presencia en territorio de Cachemira de grupos terroristas cercanos a Al Qaeda.

La rivalidad con Pakistán es un elemento que aumenta el nacionalismo hindú y, por lo tanto, es un factor desestabilizador dentro de la propia India. Se calcula que unos doscientos millones de indios son de religión musulmana (un 14 % de la población total). La India es, por lo tanto, el segundo país con más musulmanes del mundo después de Indonesia. El país ha sufrido varias oleadas de choques entre comunidades. Las revueltas de Gujarat en 2002 siguen en la memoria colectiva. Después del incendio de un tren que transportaba peregrinos hindúes se desencadenaron disturbios violentos contra la población musulmana en lo que muchos describieron como un pogromo. El resultado fue la muerte de más de mil ciudadanos, 790 de los cuales eran musulmanes. El primer ministro del Estado de Gujarat era Narendra Modi, del partido hinduista BJP, que posteriormente sería elegido primer ministro del país en las elecciones de 2014. En aquel momento se le acusó de complicidad con los hechos violentos, pero los tribunales lo declararon inocente, y dos años y poco después ganó las elecciones cómodamente. De hecho, era la primera vez desde 1984 que un partido conseguía la mayoría absoluta del Parlamento. Recientemente, la figura de Modi ha atraído la atención de la comunidad dedicada al estudio de las relaciones internacionales, que se plantea la pregunta de si hay un **factor Modi** en la política exterior de la India (Basrur, 2017).

Respecto a Pakistán, el primer ministro Modi empezó su mandato con gestos de conciliación hacia el país, pero gradualmente las tensiones fueron aumentando. En febrero de 2019 el riesgo de escalada fue notable. Después de un atentado suicida que provocó la muerte de cuarenta soldados, las fuerzas aé-

reas de la India lanzaron ataques sobre la línea de control en Cachemira, los primeros de este tipo desde 1961. Los pakistaníes abatieron dos aviones y capturaron a un piloto indio, que finalmente fue liberado el día 1 de marzo.

Tanto la India como Pakistán construyen el conjunto de su política exterior en función de las relaciones de vecindad, y las tensas relaciones mutuas son la principal prioridad con independencia de quién esté en el Gobierno. Es importante tener en cuenta esta premisa a la hora de analizar la política exterior de la India. El país, que había sido referente del movimiento de los no alineados durante la Guerra Fría, veía con preocupación la relación especial que los pakistaníes habían construido tanto con China como con Estados Unidos. Por lo tanto, en el escenario posterior a la desintegración de la Unión Soviética, la India invirtió esfuerzos en mejorar las relaciones con Washington y Beijing, a pesar de que con China a menudo prevalece más la dinámica de competencia que la de cooperación, como hemos visto anteriormente con los puertos rivales de Chabahar y Gawdar. También es significativa la apertura de la India hacia los países de Oriente Medio. Modi ha impulsado las relaciones con Israel en lo que se presenta como una sintonía ideológica entre los dos países respecto del islamismo, pero a la vez ha multiplicado la presencia india en los países del Golfo e incluso en Irán.

## 2.4. Conflictos multinivel

El conflicto de Cachemira o las tensiones entre Beijing y Taipeh son una buena muestra de que los conflictos en el continente asiático se alargan durante décadas. Vale la pena pararse a analizar cuatro conflictos –y en algunos casos las propuestas más o menos exitosas de resolverlos– que se han alargado en el tiempo y que, a menudo, han adquirido un eco regional o incluso global.

Es el caso del conflicto entre las dos Coreas, que se inicia durante los primeros años de la Guerra Fría y que se solidificó con la división de la península entre dos regímenes políticos totalmente opuestos. Internacionalmente, Corea del Sur –oficialmente República de Corea– ha contado tradicionalmente con el apoyo de Estados Unidos. Corea del Norte –oficialmente República Popular Democrática de Corea– percibe a China como su principal valedor. Uno de los elementos más relevantes de este conflicto es la importancia del programa nuclear de Pyongyang. Estados Unidos ha situado a Corea del Norte como eje del mal y considera que este programa no solo es una amenaza para sus aliados en la región, sino también –y más después de las provocaciones del líder norcoreano– una amenaza directa para ellos. A pesar de la escalada verbal que se produjo en 2017, el conflicto entró en una fase de distensión en 2018, especialmente después de los Juegos Olímpicos de invierno de Pyeongchang y la histórica cumbre entre los líderes de las dos Coreas en el mes de abril. A pesar

de los pasos dados hacia la distensión, que han alejado pero no eliminado el riesgo de una confrontación de dimensiones globales, la reunificación sigue siendo un horizonte muy lejano.

Otro conflicto de implicaciones globales es el de Afganistán. Se inició en 1979 con la invasión soviética y el apoyo recibido por los muyahidines islamistas por parte de países del Golfo, Pakistán y Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría. Una parte de estos combatientes evolucionó hacia el régimen de los talibanes y el país también vio la emergencia de Al Qaeda. Después de los atentados del 11-S, Estados Unidos lanzó una gran operación militar. Casi veinte años después, Afganistán continúa sufriendo altísimos niveles de violencia, es uno de los principales países de origen de refugiados y los talibanes continúan siendo un actor destacado en muchas partes del país. De hecho, en 2019 se iniciaron conversaciones de paz entre Estados Unidos y los talibanes con el objetivo de acelerar la retirada de tropas, puesto que el presidente Trump ha mostrado en reiteradas ocasiones que esta operación ha sido demasiado costosa.

Junto con estos conflictos de dimensión regional o global, varios enfrentamientos internos han marcado a algunos de los países de la región. Es el caso, por poner algunos ejemplos, de la Guerra Civil en Sri Lanka entre 1983 y 2009 entre el Estado y los Tigres de Liberación de Tamil Eelam, el de Timor Oriental en el proceso de secesión de Indonesia (completado en 2002) o el de Filipinas entre el Gobierno central y el Frente Islámico de Liberación en la isla de Mindanao. Las tensiones en el país, pese a los intentos de avanzar hacia una solución negociada, vivieron un giro con la batalla de Marawi en 2017, una ciudad que fue ocupada durante meses por un grupo afiliado al autoproclamado Estado Islámico. El controvertido carácter del presidente de Filipinas, Rodrigo Duterte, también ha contribuido al hecho de que este conflicto, a menudo relegado, haya vuelto a captar la atención internacional.

Recientemente, Myanmar y muy especialmente la situación de los rohingyas han centrado las miradas internacionales. A pesar de que siempre han sido una minoría –son musulmanes en un país mayoritariamente budista– marginada, los niveles de represión aumentaron significativamente en 2017 y se inició un éxodo hacia la vecina Bangladesh. Las violaciones de los derechos humanos fueron más chocantes al haber sido perpetradas en un país que había recuperado la democracia y que tiene como líder a la premio Nobel Aung San Suu Kyi. El nivel de rechazo entre comunidades musulmanas de todas partes también ha sido muy alto y denuncian que cuando se trata de minorías religiosas perseguidas se aplica una política de dobles raseros.

## 2.5. Cooperación y regionalismo

En Asia y el Pacífico no solo surgen y se enquistan los conflictos, sino que también han proliferado algunas de las iniciativas de cooperación o integración (inter)regional más significativas a escala global. Tres de ellas merecen una especial atención.

En cuanto a integración regional hay que señalar el papel de la ASEAN (Acharya, 2014), una organización establecida en 1967 y que tiene actualmente diez miembros: Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur y Tailandia (países fundadores), Brunéi, Myanmar, Camboya, Laos y Vietnam (incorporados posteriormente). La ASEAN es un caso de estudio interesante de regionalismo por varios motivos. Indonesia es la principal potencia, pero no ha intentado hacer de ella un instrumento de hegemonía regional. En clave institucional, destaca la aprobación en 2008 de la Carta de la ASEAN, que marca el camino hacia una mayor integración. En clave internacional, la principal peculiaridad de la ASEAN ha puesto en marcha un formato ASEAN + 3 con Japón, China y Corea, y desde 1994 también ha puesto en marcha un foro regional de dimensiones globales, puesto que participan en él, entre otros, Canadá, la Unión Europea, Rusia y Estados Unidos.

Otro experimento regional con fuertes implicaciones globales es la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS). Creada en 2001, es una organización intergubernamental con ocho miembros permanentes y cuatro observadores que pivota sobre la colaboración entre Rusia y China. A pesar de ser una estructura muy ligera, su relevancia radica en el hecho de que se la presenta como un contrapeso a Estados Unidos y a Occidente en general. Por ejemplo, en momentos de tensión entre Turquía y sus socios occidentales, Erdogan amenazó con pedir la adhesión a esta organización si no cambiaba el tono y el contenido de las relaciones. Una amenaza que, no obstante, nunca ha hecho efectiva.

Finalmente, el otro marco interesante es el del APEC, siglas inglesas de Cooperación Económica de Asia-Pacífico. En este caso se trata de un foro intergubernamental creado en 1989 y que reúne a 21 países de la cuenca del océano Pacífico. Su interés radica en que están en él Rusia, China y Estados Unidos, y sus cumbres anuales suelen ser un acontecimiento diplomático de primera magnitud.

### 3. Las Américas: polarización multinivel

A menudo, la aproximación de las relaciones internacionales al continente americano ha estado condicionada por el papel preponderante de Estados Unidos. En el siglo XIX la doctrina Monroe (América para los americanos) reflejaba una clara voluntad de convertirse en la potencia regional hegemónica en el continente. Más adelante, la guerra con España de 1898 y la adquisición y construcción del canal de Panamá en 1903 fueron las primeras señales de una ambición mayor. Durante el siglo XX la región vivió la extensión de los intereses norteamericanos en el continente, a veces con intervenciones armadas como en Nicaragua (1912-1933) o Haití (1915-1934), por poner solo dos ejemplos, o los choques fronterizos con México. Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos consideró que todo el continente formaba parte del bloque occidental. Por ello se opusieron frontalmente al nuevo régimen socialista en Cuba y apoyaron a los Gobiernos –y a veces a grupos paramilitares– que se enfrentaban a grupos comunistas y a varios golpes de Estado que se produjeron en la región. El apoyo a la dictadura de Pinochet en Chile es uno de los ejemplos más conocidos al respecto. Acabada la Guerra Fría, Estados Unidos continúa percibiendo el continente –o el hemisferio, como a menudo se lo denomina– como su espacio natural de influencia y, por lo tanto, perciben con inquietud la presencia en esta región de intereses chinos o rusos. Durante el siglo XXI, Venezuela se ha convertido en el principal epicentro de una nueva confrontación geopolítica que es eminentemente hemisférica, pero que tiene una dimensión global incuestionable.

#### 3.1. Polarización y fragmentación internas

Tanto en América Latina como en Estados Unidos se observan fuertes –y a menudo persistentes– confrontaciones ideológicas que no responden únicamente a una sola línea de fractura. Además del tradicional eje izquierda-derecha, hay que tener en cuenta las lógicas centro-periferia (ámbito donde las reivindicaciones de los pueblos indígenas adquieren especial significación), el peso creciente de las expresiones religiosas con la fuerza del evangelismo y también la emergencia de fuerzas *antiestablishment*. En relación con las dinámicas políticas internas, el caso de Brasil merece especial atención. El país ha pasado por una crisis política de gran magnitud con el encarcelamiento en 2018 de Luiz Ignacio da Silva, el popular líder del Partido de los Trabajadores (PT) y presidente del país entre 2003 y 2011, y la destitución (*impeachment*) de su sucesora Dilma Rousseff, en agosto de 2016. Los dos han sido acusados de corrupción y después del breve Gobierno interino encabezado por Michel Temer, los brasileños eligieron a Jair Bolsonaro como presidente, un político de extrema derecha, militarista y rodeado de polémica por sus declaraciones sobre la dictadura, las mujeres, el colectivo LGTB, los indígenas o el medio ambiente. La elección de Bolsonaro es sintomática de los niveles de polarización política no



solo del país sino también del continente, y los constantes paralelismos con Donald Trump permiten divisar el establecimiento de un nuevo alineamiento ideológico entre Brasilia y Washington.

En parte, la polarización que se vive en América Latina y en Estados Unidos está vinculada a los niveles de desigualdad social. El anterior éxito del Partido de los Trabajadores de Lula u otros movimientos de izquierda en todo el continente se explican por las promesas de combatir la pobreza. Políticas que, por otro lado, han dado resultados, puesto que en comparación con los años noventa, las tasas de pobreza se han reducido a la mitad. A pesar de todo, los niveles de desigualdad se sitúan entre los más altos del mundo, hecho atribuido a menudo a la baja capacidad recaudatoria –y por lo tanto, redistributiva– de los Estados. Los datos de 2014 señalaban que el 10 % más rico acumula el 71 % de la riqueza. Y según Oxfam, la fortuna de los multimillonarios de la región habría crecido seis veces más rápido que la del conjunto de la región. La desigualdad también es un tema relevante para interpretar las dinámicas políticas en Estados Unidos. En parte, Donald Trump ha capitalizado la frustración de las clases medias y trabajadoras blancas de los estados en declive industrial. Y a la vez los movimientos que se están produciendo en el seno del Partido Demócrata, con liderazgos como el de Sanders u Ocasio-Cortez, más inclinados hacia la izquierda, también movilizan al electorado advirtiéndolo sobre los privilegios de lo que ya se conoce como «el uno por ciento» de la sociedad.

En muchos países de América Latina una de las principales preocupaciones sociales es la seguridad ciudadana. Según datos de 2018, cuarenta y dos de las cincuenta ciudades más violentas del mundo se encuentran en este continente. De estas, quince se encuentran en México y doce en Brasil. Este hecho tiene una trascendencia política de primera magnitud, puesto que personajes tan diferentes como Bolsonaro o López-Obrador en México han hecho de la reducción de la violencia una de las principales promesas de campaña. También han adquirido trascendencia internacional por el aumento de flujos migratorios que desde América Central intentan atravesar la frontera entre Estados Unidos y México y que aspiran a ser acogidos como refugiados. Esta crisis ha entrado de pleno en la agenda política de Estados Unidos con la promesa electoral de construir un muro en la frontera sur, las condiciones de detención de los menores y las tensiones diplomáticas con el Gobierno mexicano.

### **3.2. Narcotráfico y violencia**

Una de las peculiaridades de esta región es la vinculación con los altos niveles de violencia. Este es uno de los principales problemas en México, que se ha descrito como una guerra civil no declarada, puesto que unas 25.000 personas han sido asesinadas cada año, entre las cuales se encuentran algunos periodistas o políticos locales y los 43 estudiantes en Iguala. Otro país donde la violencia se ha vinculado tradicionalmente con la droga es Colombia. Este es también uno de los temas que marca las negociaciones de paz para poner fin al conflicto que desde los años sesenta había enfrentado a las guerrillas de las

FARC con el Estado. Se calcula que un 16 % de la población colombiana ha sufrido los estragos del conflicto, con más de 220.000 víctimas mortales y más de cinco millones de personas desplazadas. En 2012 el entonces presidente Juan Manuel Santos inició las conversaciones de paz. A pesar de haberse enfrentado a muchos obstáculos, el proceso de paz en Colombia ha salido adelante y es visto como un referente internacional. Habrá que estar atentos a cómo evoluciona su concreción en ámbitos como los trabajos de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la no Repetición de Colombia, pero también todo lo que tiene que ver con la lucha contra el narcotráfico.

### **3.3. Potencias regionales, regionalismo y tensiones fronterizas**

Si hablamos del continente americano en su conjunto, hay, como se decía en la introducción, una potencia hegemónica que es Estados Unidos. En América Latina hay diferentes países que encajan dentro del criterio de potencia regional. Es decir, Estados que ejercen influencia más allá de sus fronteras gracias a unos recursos materiales o ideacionales. México y Brasil son, en términos de tamaño, las principales potencias de la región. Una peculiaridad, sin embargo, es que México no siempre ha ejercido como potencia regional latinoamericana al haber priorizado sus relaciones con Estados Unidos. Brasil, por su parte, tiene como peculiaridad el hecho de tener una lengua –el portugués– diferente de la mayoritaria o común en su entorno regional (el castellano). Brasil, además, ha puesto más esfuerzos en proyectarse como una potencia global emergente que en dinamizar su carácter de potencia regional. En un segundo nivel encontraríamos otros países como Argentina –anteriormente mucho más central y en competencia con Brasil, pero actualmente consumida por los problemas económicos internos– o Venezuela –un país que ha intentado articular un bloque ideológico a su alrededor, lo que se conoce como bolivarianismo.

Esta fragmentación se traduce en la proliferación de diferentes tipos de proyectos regionales, a veces en abierta competición. El único proyecto hemisférico es la Organización de los Estados Americanos (OEA), en la que también participan Estados Unidos y Canadá. La OEA, creada en 1948, ha tomado posiciones políticas trascendentes en relación con Cuba (se la expulsó en 1962 y el 3 de junio de 2009 se derogó la expulsión sin que esto implicara una solicitud de readmisión por parte de Cuba), Honduras (se suspendió su participación después del golpe de Estado de 2009, levantada dos años después) o Venezuela (con declaraciones de su secretario general, Luis Almagro, negando la legitimidad a Maduro).

Aparte de la OEA, han surgido otras plataformas regionales que, como la OEA, son sobre todo marcos de deliberación política, pero que tienen un perímetro regional. Es el caso de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), creada en 2010 y que excluye a Canadá y Estados Unidos. De hecho, en la primera cumbre, algunos mandatarios calificaron la iniciativa como una liberación de los países latinoamericanos de la tradicional tutela de Estados Unidos y Europa. Otro marco es la UNASUR (Unión de Naciones Sudame-

ricanas), que se constituyó en 2008 con diez miembros, entre los cuales no estaban los países de América Central ni México, y que tenía proyectos ambiciosos como la creación de una moneda única. A raíz de los cambios políticos en diferentes capitales sudamericanas y de la crisis venezolana, la UNASUR ha vivido una fuerte crisis interna con el abandono de buena parte de sus miembros y la propuesta de una nueva organización (PROSUR).

Una de las peculiaridades del regionalismo en América Latina es su fragmentación geográfica e ideológica (véase, entre otros, Nolte, 2014 y Sanahuja, 2017). Si nos centramos en los espacios subregionales, el caso más conocido, tanto por la importancia de sus miembros como por los paralelismos y la relación establecida con la UE, es el MERCOSUR. Se trata de un proceso de integración regional fundado en 1991 por Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay. En 2012 también se integró Venezuela, pero el país fue suspendido. Otros bloques subregionales de carácter parecido son el CARICOM para los países caribeños y el SICA en América Central. Aparte de los bloques subregionales, en los últimos años también han surgido dos plataformas con un fuerte componente ideológico. Los países integrantes del eje bolivariano constituyeron la ALBA, mientras que Chile, Perú, México y Colombia constituyeron la Alianza del Pacífico, que tiene unos objetivos funcionales de libre comercio pero también una consistencia ideológica contraria al eje bolivariano.

Así pues, las dinámicas de cooperación e integración regional se han visto limitadas por la existencia de una polarización ideológica a escala regional. Cuba era el foco habitual de disputa pero, en la última década, Venezuela se ha convertido en el principal epicentro, en parte por la política de apertura en La Habana y en parte por la escalada de la crisis política en Caracas, respecto a la cual los países latinoamericanos han ido tomando posición. También ha aumentado la tensión entre Venezuela y sus principales vecinos: Colombia y Brasil.

Como hemos visto, una de las características de esta región es que la mayoría de los conflictos –así como la violencia asociada– son de naturaleza interna. Ha habido disputas fronterizas, pero han ido a la baja. Un caso significativo es el que ha enfrentado a Bolivia y Chile. Bolivia elevó al Tribunal Internacional de Justicia la reclamación de disponer de una salida al mar, argumentando compromisos históricos pero nunca cumplidos entre los dos países, pero la sentencia de 2018 afirmó que Chile no estaba obligado a ello. El conflicto entre Argentina y el Reino Unido por la soberanía de las islas Malvinas (Falkland), un contencioso que provocó una guerra entre los dos países en 1982, tiene una naturaleza muy diferente, puesto que se plantea como una herencia colonial y Argentina ha conseguido tener el apoyo del resto de los países latinoamericanos a favor de sus posiciones.

### 3.4. Los límites de la hegemonía de Estados Unidos

El papel de Estados Unidos es uno de los factores determinantes en esta región. Washington ha considerado, desde mediados del siglo XIX, que es la potencia hegemónica del hemisferio y ha influido significativamente en el curso político de muchos países de la región. Esto incluye intervenciones militares directas y apoyo a determinados regímenes políticos, lo que ha provocado que en amplios sectores de América Latina haya surgido un fuerte sentimiento de rechazo a lo que se define como «imperialismo», especialmente presente entre políticos y grupos sociales de izquierda.

El papel de la Casa Blanca es determinante a la hora de fijar el rumbo de la política latinoamericana de Estados Unidos. A pesar de que los viajes de Obama a la región fueron menos frecuentes y trascendentes que los de otros presidentes, y que América Latina no ocupó un lugar preeminente en su discurso político, hay que subrayar que bajo su mandato las relaciones comerciales experimentaron un impulso significativo y que una de las decisiones más significativas de su último año de mandato fue la apertura hacia Cuba. La cumbre de las Américas de Panamá de 2015 marcó un punto de inflexión.

Donald Trump, al contrario de lo que muchos esperaban, parece dedicar bastante atención a las relaciones con Latinoamérica. Una aproximación que podría sintetizarse en tres posicionamientos: brazos abiertos hacia el nuevo liderazgo político de Brasil y hacia lo que Bolsonaro representa, confrontación abierta con la Venezuela de Maduro y una escalada retórica con México en relación con la frontera, que podría, eventualmente, poner en peligro las intensas relaciones bilaterales entre los dos países. Cuba sigue siendo un tema que moviliza a algunos sectores del Partido Republicano y el anuncio de Trump de reimponer sanciones puede volver a situar el tema en la agenda. De hecho, nunca ha desaparecido y todavía menos entre el exilio en Miami. Una novedad interesante es que estos grupos ya no se centran solo en Cuba, sino que lo plantean dentro de un marco regional más amplio y esto les permite poner el foco de presión sobre Venezuela.

Si hablamos de las Américas como un espacio donde Estados Unidos se ve como potencia hegemónica, necesariamente tendremos que preguntarnos hasta qué punto ha visto erosionada su posición ante las dinámicas multipolares que caracterizan la evolución actual del sistema internacional. China, la potencia global que más ha aumentado su presencia en el continente, ha devenido el principal socio comercial de Brasil, Chile o Perú. El actor que ha quedado más desplazado es la Unión Europea.

La importación de materias primas ha sido la principal puerta de entrada y el motor de la presencia china en el continente. Aun así, China también ha hecho apuestas de carácter geopolítico. En los años noventa sustituyó, en parte, a la URSS como principal apoyo internacional de la Cuba de Castro. Más recientemente, China se ha implicado en las obras que deberían permitir construir un canal en Nicaragua que conectara el Pacífico y el Atlántico y que, por lo tanto, rompiera el monopolio de Estados Unidos sobre el canal de Panamá.

Más recientemente, Rusia también ha empezado a interesarse por la región, y ha ido más allá de las relaciones con Cuba que datan de la época soviética. En buena medida, la política rusa hacia América Latina está condicionada por la renovada rivalidad con Estados Unidos y es una apuesta eminentemente táctica. En represalia por lo que Moscú considera una intromisión en su espacio de influencia natural (Ucrania y Georgia son los ejemplos más claros de ello), está reproduciendo los mismos esquemas en el espacio que Estados Unidos considera propio. La apuesta principal ha sido Venezuela. Con Maduro no solo comparten el antagonismo respecto de Estados Unidos, sino también intereses en cuanto que los dos son potencias petroleras. La atención internacional que ha acaparado Venezuela ilustra que no es un tema exclusivamente regional, sino que tiene una trascendencia global. Desde esta perspectiva es desde donde hay que entender el fuerte posicionamiento de Irán o Turquía a favor de Maduro o el posicionamiento de la UE a favor de la oposición.

## 4. Oriente Medio y el Norte de África después de las primaveras árabes

A diferencia de las otras regiones analizadas en este módulo, en este caso hablamos de un espacio que se sitúa a caballo de dos continentes y que, además, recibe nombres muy diferentes en función del perímetro que se utiliza. Si bien los términos *Oriente Medio* y *Norte de África* se han ido convirtiendo en el referente más empleado a la hora de aproximarse a las dinámicas geopolíticas de esta región, es imprescindible entender que hay expresiones alternativas, como la de *mundo árabe* (que es relevante cuando analizamos dinámicas Estado-sociedad o el espacio cultural y comunicativo, pero que excluye a potencias regionales como Irán, Turquía e Israel), la de *Mediterráneo* (a menudo empleada por la UE y que remite a un espacio más pequeño, cercano a Europa, con fuertes relaciones de dependencia con esta y que sitúa fuera del marco a los países del Golfo y la península Arábiga) o la de *mundo islámico* (con la religión como marca y que desborda los límites convencionales de una región). Es importante tener en cuenta estas diferentes denominaciones y emplearlas correctamente. A pesar de que para algunos pueda parecer una obviedad, sigue siendo un error muy común en medios de comunicación y en el lenguaje popular equiparar árabe y musulmán. Recordemos que hay árabes cristianos, especialmente en el Próximo Oriente, y que la mayoría de los musulmanes no son árabes. En este módulo nos centraremos en el análisis de las dinámicas dentro de una región que en el último cuarto de siglo ha vivido dos fenómenos de gran trascendencia: la invasión norteamericana de Irak en 2003 y las revueltas árabes –conocidas también como Primavera Árabe– en 2011 (Fawcett, 2016).

### 4.1. Estados fuertes, Estados fallidos y proliferación de actores no estatales

Las protestas de 2011 marcan un antes y un después en las dinámicas Estado-sociedad en esta región. No era la primera vez que la región vivía una oleada de protestas que cubría varios países de la región. Sin tener que remontarse a las luchas por la independencia, podríamos fijarnos en las «protestas del pan» que a finales de los años setenta y principios de los ochenta colapsaron ciudades enteras como Casablanca, Alejandría, Jartum o Túnez, y que fueron duramente reprimidas por los Gobiernos. Eran la respuesta popular a la retirada o reducción de los subsidios alimentarios, en línea con las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional. También se suelen hacer comparaciones con la Revolución Islámica de Irán de 1979 por el hecho de que la presión popular consiguió un cambio de sistema político. La diferencia es que en este caso se trataba de un movimiento estrictamente nacional, mientras que las protestas del pan o las primaveras árabes eran un fenómeno regional.

Podríamos definir las **primaveras árabes** como una oleada de protestas que cubrió casi todos los países del mundo árabe, desde Mauritania hasta Omán entre diciembre de 2010 y marzo de 2011. Este choque sísmico tuvo dos epicentros (Túnez y Egipto), partía de unas reivindicaciones compartidas (dignidad, libertad y justicia social) y unas frustraciones en común (brecha generacional, apropiación del Estado por parte de una élite dominante, aumento de precios). Los efectos inmediatos fueron muy diferentes según los países. En algunos casos cayeron los Gobiernos (Túnez, Egipto y Yemen), en otros se optó por las reformas o la cooptación de las protestas (Marruecos, Jordania, Argelia), se iniciaron conflictos armados (Siria, Libia) o se reforzó la represión (Bahrein es el ejemplo más claro en este sentido, pero es una tendencia compartida en buena parte de los países del Golfo).

Este movimiento de protesta altera significativamente las relaciones Estado-sociedad y las dinámicas políticas en el mundo árabe. Una vez más nos encontramos con situaciones totalmente diferentes: Túnez avanza en su transición democrática; Egipto sufre una contrarrevolución autoritaria; los conflictos en Libia, Siria y Yemen se alargan y adquieren dimensión regional. Por lo tanto, en un mismo periodo observaremos tendencias divergentes. Mientras que algunos países avanzan hacia el reconocimiento de la diversidad y la pluralidad, otros caen en el sectarismo, la polarización y la fragmentación. A la vez, observamos cómo el fenómeno de los Estados fallidos o la erosión del monopolio estatal de la violencia se da solo en algunos casos, mientras que en buena parte de la región lo que se produce es un proceso de rearme del Estado y de sus mecanismos de control sobre la población y el territorio.

Las dinámicas políticas y sociales en el mundo árabe obligan a revisar tres de los debates teóricos centrales en la región: el de la naturaleza del Estado, el de las razones por las cuales es una de las regiones menos democráticas del planeta y el del islam político como fuerza de oposición o de gobierno.

Respecto al primero de los temas, una parte de la literatura sobre la región intentó caracterizar los Estados del mundo árabe. Una de las aportaciones más interesantes es la de Nazih Ayubi (2017), que concluye que la hipertrofia de muchos Estados puede dar la impresión errónea de que son «Estados fuertes», mientras que lo que son en realidad son «Estados feroces», temerosos de su población y la contestación interna. Este sería un fenómeno que se habría acentuado a partir de 2011, pero que se habría visto acompañado de una dinámica paralela en algunos territorios de la región: el reforzamiento de actores no estatales, violento o no, que desafían el papel tradicional del Estado.

El segundo debate nos traslada a una pregunta recurrente a finales de los años noventa: ¿por qué los países árabes son inmunes a las oleadas democratizadoras? Las respuestas que se dieron eran muy diferentes y algunas ciertamen-

te polémicas, como las que atribuían este déficit democrático a la religión o la cultura, perpetuando así la idea de que el mundo árabe era «excepcional». Otros, sin embargo, contradecían estas explicaciones y señalaban la debilidad de la sociedad civil, el carácter del Estado o el factor internacional como elementos con mucha más fuerza explicativa. A principios de la década del 2000, la academia da la vuelta a esta pregunta, puesto que lo que plantea no es por qué la democracia no arraiga sino por qué el autoritarismo es tan resiliente a las demandas de cambio. Eva Bellin (2004) responderá que la clave se encuentra en la fortaleza de su aparato represivo. Otros autores responderán a esta pregunta poniendo el énfasis en el carácter rentista de muchos sistemas políticos de la región. El concepto «Estado rentista» es una de las aportaciones más importantes de los estudios sobre esta región en la ciencia política. Un Estado rentista es aquel que extrae la mayor parte de sus recursos de la explotación de una riqueza y redistribuye sus beneficios entre la población. Los países exportadores de hidrocarburos son el ejemplo más claro de ello, pero recientemente se han identificado otras formas de rentismo, como aquellos sistemas que dependen de la ayuda internacional. A raíz de las protestas de 2011 y sobre todo de las respuestas de los Estados de la región, también se observa un fenómeno que se ha calificado de «promoción autoritaria» (*authoritarian upgrading* en inglés) y también lo que se denomina «aprendizaje autoritario» (o *authoritarian learning*) y que se refiere a los procesos por los cuales los regímenes políticos aprenden unos de otros cómo sofocar las aspiraciones de cambio (Bank y Edel, 2015). Antes de que estallaran las protestas, Ferran Izquierdo (2008) también coordinó un estudio comparativo sobre los regímenes políticos en el mundo árabe, que situaba como una característica de esta región el hecho de que el control del Estado es lo que sitúa a un grupo determinado como élite primaria. Arriesgarse a perder este control equivale a suicidarse como élite.

Finalmente, uno de los efectos de las protestas de 2011 es que propulsaron el islamismo como actor político central en aquellos países donde se iniciaron las transiciones. Es el caso de los Hermanos Musulmanes en Egipto o de Ennahda en Túnez. No hay una definición firme sobre qué es y qué no es el islam político. Aun así, hay un cierto consenso en que una fuerza islamista es aquella que considera que el Estado se ha de regir de acuerdo con los principios religiosos y en el que, por lo tanto, la *sharía* o ley islámica tiene que ser la principal o una de las principales fuentes del derecho. Si bien en sus orígenes el islamismo también aspiraba a construir un proyecto político para todos los musulmanes –la *umma*–, este elemento se ha convertido en una apelación retórica más que un programa político concreto. Si tenemos en cuenta estos dos elementos, surge la pregunta de hasta qué punto un partido como Ennahda, que ha abrazado el carácter secular del Estado y que ha renunciado a hacer de la *sharía* la principal fuente del derecho, puede continuar siendo calificado de islamista. Lo mismo puede decirse del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP en sus siglas turcas) de Erdogan. Algunos autores consideran que el término *postislamismo* es mucho más adecuado para referirse a estos partidos.



Parte de la literatura ha señalado la necesidad de diferenciar entre los diversos tipos de movimientos islamistas. No es suficiente –se argumenta– con diferenciar entre movimientos radicales y moderados como se suele hacer desde instancias políticas o desde los medios de comunicación. Es más pertinente distinguir entre tres tipos de movimientos:

- 1) Los que glorifican la violencia, no tienen ningún interés en la política formal y califican a los que no se adhieren a ellos como herejes o descreídos.
- 2) Los que combinan la ideología islamista con reivindicaciones locales y que mezclan la acción política institucional y la violenta.
- 3) Las fuerzas que rechazan la violencia, operan como partidos políticos e intentan avanzar su ideología por medio de las urnas. Las protestas de 2011 han hecho todavía más evidentes las diferencias entre estos tres tipos de movimientos.

#### 4.2. Conflictos regionales y multipolaridad

En uno de los análisis más lúcidos y clarificadores sobre las dinámicas geopolíticas de esta región, Joost Hiltermann (2017) habla de una serie de conflictos que se entrecruzan. No podemos entender (ni resolver) uno de ellos sin tener en cuenta el resto. Siguiendo a Hiltermann, podemos identificar cinco clústeres de conflicto:

1) Los que se derivan de la **creación del actual sistema de Estados** después de la Primera Guerra Mundial y que continúa teniendo efectos en términos de irredentismo, minorías, choques de lealtades, etc. Uno de los episodios históricos destacados es el pacto Sykes-Picot entre Francia y el Reino Unido para repartirse zonas de influencia en Oriente Medio. Por eso se habla a veces del orden de Sykes-Picot para referirse a las dinámicas de fragmentación, injerencia exterior y fronteras dibujadas arbitrariamente.

2) **El conflicto árabe-israelí**, con las diferentes guerras de 1948-1949, 1956, 1967 y 1973, las operaciones israelíes en Líbano, la ocupación en Palestina y los bombardeos recurrentes en la franja de Gaza. Es un conflicto que tradicionalmente se había situado como la piedra angular de la geopolítica regional y que, en parte, ha perdido centralidad por la emergencia de nuevos focos de conflicto. No obstante, el hecho de que haya conexiones con estos nuevos conflictos (Siria, a través del Golan, y la presencia iraní son el ejemplo más claro en este sentido), así como las divisiones entre los árabes respecto de la conveniencia de normalizar relaciones con Israel puede devolverle la centralidad en cualquier momento.

3) La reacción al **ascenso de Irán** después de la revolución de 1979 y las diferentes oleadas sectarias posteriores. Después de la caída del sah, Irán se convierte en una potencia revolucionaria, que desafía el orden preexistente y da apoyo a grupos revolucionarios e insurgentes en todo la región, como Hezbolá y Hamás, pero también más allá. Un ejemplo de ello es el apoyo recibido por el Moro National Liberation Front de las Filipinas en tiempos de Khomeini. Cuando se habla de oleadas sectarias –entendidas como el enfrentamiento en clave identitaria entre fuerzas suníes y chiitas– se suele hacer referencia, por un lado, a las nuevas correlaciones de poder en Irak después de la ocupación norteamericana de 2003 que, paradójicamente, supusieron una oportunidad para Irán, puesto que partidos y milicias chiitas ocuparon el vacío dejado por la desarticulación del régimen del Baath de Saddam Hussein y, por otro lado:

4) **Los choques y las divisiones dentro del espacio suní.** Con la derrota de los árabes en la guerra de los seis días (1967), el panarabismo y socialismo árabe entra en decadencia. El islam político, especialmente los Hermanos Musulmanes, se convertirán en la fuerza emergente. Parte de estos movimientos será duramente reprimido y se radicalizará. Esto, y el apoyo financiero recibido desde sectores de Arabia Saudí, favorecerá el auge de movimientos yihadistas violentos. La lucha contra la ocupación soviética en 1979 y la toma de rehenes en la Meca en el mismo año marcan el inicio de un fenómeno de alcance global.

5) Los enfrentamientos regionales posteriores a las **primaveras árabes**, conceptualizados en algunas ocasiones como choques entre partidarios del cambio y del *statu quo* y a veces como una confrontación ideológica entre partidarios y detractores de los Hermanos Musulmanes.

Ante esta complejidad, cualquier análisis de los conflictos de esta región tiene que incorporar tres niveles:

1) **Los conflictos internos** y la lucha por el poder dentro de los regímenes y frente a los movimientos de protesta o de insurgencia.

2) La implicación de las **potencias regionales**, que a menudo movilizan sus peones (*proxies*, como frecuentemente se los denomina en inglés), no tanto para aumentar su influencia como para limitar la de los rivales.

3) **La dimensión internacional** del conflicto con la implicación o la pasividad de los actores globales relevantes, que pueden o bien defender un determinado interés en la región, o bien utilizar su implicación de manera táctica para posicionarse en términos globales.

No solo hay diferentes focos de conflicto, sino también varias líneas de fractura que se sobreponen: entre árabes y no árabes, entre suníes y chiitas, entre defensores del *statu quo* y actores revolucionarios o revisionistas, entre sectores alineados con Estados Unidos y los que se definen como antiimperialistas. A

veces estos ejes se refuerzan mutuamente y otras veces se solapan y pueden llegar a provocar situaciones extrañas. Países que *a priori* son aliados en un determinado conflicto pueden encontrarse en bandos opuestos en otro escenario. Las alianzas, pues, son cada vez más líquidas. Es decir, inestables, maleables y guiadas por el miedo (Del Sarto, Malmvig y Soler i Lecha, 2019).

A esto hay que añadir que una de las características de esta región es la existencia de un gran número de actores que se consideran potencias regionales. Como mínimo hay cinco comúnmente aceptadas: Egipto, Arabia Saudí, Turquía, Israel e Irán. Ahora bien, mientras que Egipto aparece como una potencia en declive (cada vez más centrada en su entorno inmediato), Turquía o Irán se ven como actores en expansión. Hay muchos motivos para justificar que Qatar y Emiratos Árabes Unidos también han entrado o aspiran a entrar en esta categoría. A pesar de su tamaño, son actores que han proyectado su influencia más allá del Golfo y han desplegado un abanico amplio de instrumentos de poder blando (medios de comunicación) y duro (cooperación militar, especialmente en el caso de los Emiratos). También hay que señalar que en el pasado Irak y Siria también habían representado este papel y que es probable que en algún momento aspiren a recuperar este estatus. Y, finalmente, que en el Magreb la rivalidad entre dos potencias subregionales (Marruecos y Argelia) es el factor más relevante. Cabe subrayar, pues, que a diferencia de otros entornos regionales, no hay una potencia hegemónica ni tampoco es un esquema bipolar.

Otro rasgo diferencial de esta región es el fracaso o la disfuncionalidad de las organizaciones de integración regional. Un hecho que puede enmarcarse dentro de una tensión recurrente entre una retórica de unidad (tanto en clave árabe como musulmana) y una realidad de enfrentamiento y desunión. Hay dos organizaciones especialmente relevantes.

### **La Liga Árabe**

Creada en 1945, es un marco deliberativo donde más que reflejar la unidad entre los árabes resulta una plataforma en la que exhibir las diferencias. Dicho esto, en 2011 adquirió un protagonismo inesperado con decisiones contundentes como el apoyo a la intervención internacional en Libia o la suspensión de Siria como miembro y las sanciones contra el régimen de Al-Assad. Dos años después, y a la vez que se frustraban las expectativas de cambio en la región, también lo hacían las que se habían depositado respecto a esta organización.

### **El Consejo de Cooperación del Golfo (CCG)**

Otro hecho relevante es la crisis en la que ha entrado el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), una organización formada por seis monarquías en 1981 y que, en comparación con la Liga Árabe, había avanzado significativamente en la integración regional. Desde que en 2017 tres de sus miembros (Arabia Saudí, Emiratos y Bahrein) impusieran un

boicot contra otro de los integrantes (Qatar), se han generado muchas dudas sobre su supervivencia o funcionalidad.

### 4.3. Intervencionismo, penetración y permeabilidad

Esta es una región donde las intervenciones militares de potencias extranjeras han sido constantes y con una gran intensidad. Por ello una parte importante de la literatura la denomina una región «penetrada». Este concepto, introducido por Carl Brown (1984), evoca un nivel de intervención e influencia externa excepcional, con lo que se convierte en un espacio donde se manifiestan y dirimen las rivalidades entre potencias globales. La intensidad de esta penetración altera las dinámicas regionales y, a veces, también los equilibrios y las direcciones políticas en varios Estados de la región. Antes de entrar a fondo en las diferentes manifestaciones de este fenómeno, hay que subrayar otras conceptualizaciones para referirse al mismo fenómeno. Una de ellas es la de permeabilidad (Salloukh y Brynen, 2004), un término que permite ver este proceso desde una perspectiva bidireccional (introduciendo la capacidad de la región de incidir sobre las dinámicas y actores globales) y que también puede verse como más neutra desde una perspectiva de género.

Esta penetración o permeabilidad ya era muy visible durante el Imperio otomano por parte de las potencias europeas, en los tratados establecidos con el Imperio y sobre todo en el marco de lo que se conoce como capitulaciones (los acuerdos firmados entre el Imperio y diferentes potencias europeas que concedían privilegios comerciales y jurídicos en tierras otomanas). Cuando el Imperio se endeudó con acreedores europeos, especialmente en el siglo XIX, los términos de los acuerdos todavía se volvieron más favorables a los intereses europeos y más intrusivos para la soberanía otomana. No obstante, la expansión colonial europea –especialmente después de la ocupación francesa de Argel en 1830– supuso el clímax de estas dinámicas de dominación con el establecimiento de protectorados y colonias, pero también con un reforzamiento de las estrategias de cooptación de grupos minoritarios dentro de los territorios otomanos.

El impacto de la Guerra Fría y el proceso de descolonización en la región también se ha interpretado desde este prisma. La rivalidad entre Estados Unidos y la URSS se manifestó en algunos conflictos de la región de manera implícita o explícita. Mientras que las monarquías conservadoras se alineaban con Washington (el encuentro entre Roosevelt y el rey Abdulaziz Ibn Saud en 1945 ilustra esta sintonía y se ve como el momento fundacional de una alianza que ha marcado toda la región), los regímenes republicanos revolucionarios miraban hacia Moscú buscando apoyo diplomático, armamentístico o tecnológico. Una de las características de este periodo es que las potencias de la región no actuaban simplemente como correa de transmisión de sus aliados globales, sino que tenían un amplio margen de autonomía y utilizaban la rivalidad en-

tre las superpotencias en su beneficio. En casos extremos, como el de Egipto después de los acuerdos de Camp David, se producen cambios de bando sin que se haya producido un cambio de régimen.

Acabada la Guerra Fría, la región entra en una fase diferente: la de la hegemonía norteamericana, que tendrá su clímax con la guerra de Irak de 2003 y la caída de Saddam Hussein. Una situación que diez años después cambiaría radicalmente. Empieza a especularse sobre el «desenganche» norteamericano de la región para centrarse en temas internos o en Asia como prioridad emergente. En Estados Unidos es visible un cansancio después de dos intervenciones en Afganistán e Irak muy costosas y con resultados insatisfactorios. Por ello, a pesar de que Obama dijo que el uso de armas químicas en Siria era una línea roja, esto no desencadenó ninguna operación de represalia y también es uno de los factores que ha empujado a Donald Trump a anunciar la retirada de Siria.

### **Trump y el conflicto árabe-israelí**

Estados Unidos es el actor internacional con más influencia en el conflicto árabe-israelí. En la medida en que el presidente tiene un papel clave en la política exterior y de seguridad de Estados Unidos, hay que preguntarse si hay un «factor Trump» en este ámbito. Trump ha establecido excelentes relaciones con el entorno de la derecha israelí y también con algunas capitales del Golfo. Internamente tiene el apoyo del *lobby* evangélico, muy implicado en posiciones proisraelíes, en lo que a veces se ha denominado «sionismo cristiano». Trump confió en su yerno para intentar encontrar una solución a este conflicto, que ya ha recibido el apelativo de «el acuerdo del siglo». Sería una fórmula que contravendría las resoluciones de las Naciones Unidas, que ignoraría totalmente las líneas rojas de los palestinos y que solo podría aplicarse con el apoyo de una parte importante de los países árabes. Si se presenta en los términos que se han filtrado, Estados Unidos confirmará que es un actor parcial, es probable que fracture todavía más los países árabes y difícilmente conducirá hacia una paz sostenible.

Durante este periodo lo que se visualiza con más fuerza es el regreso de Rusia a la región, especialmente con un apoyo diplomático y militar al régimen de Bashir al-Assad que será decisivo en el curso del conflicto. Gracias a esta apuesta, Putin se ha convertido en un actor clave en la región y todas las potencias regionales, incluidas las que como Turquía, Egipto, Israel o Arabia Saudí son aliados de Estados Unidos, han llevado a cabo una política de aproximación a Moscú. De manera más gradual también se intuye un interés creciente por parte de China. Como hemos visto en el primer apartado, Oriente Medio ocu-

pa un papel central en los proyectos de infraestructuras de China y, más recientemente, China también ha mostrado su disponibilidad para implicarse en la reconstrucción de Siria.

¿Y dónde queda Europa en esta creciente competición global? Los movimientos de placas tectónicas en la región se producen en el mismo momento en el que la UE vive una de las crisis más profundas del proyecto de construcción europea desde su creación (véase el apartado final). El repliegue hacia sí misma y las divisiones entre los principales Estados miembros han limitado, pues, el papel de la UE ante los procesos de cambio que se han producido en la región. A pesar de que Francia y el Reino Unido se implicaron a fondo en la intervención internacional en Libia, de que la UE y sus Estados miembros son el principal donante para hacer frente a la emergencia humanitaria en Siria o de que se revisara la política de vecindad para acompañar las reformas democráticas, su impacto ha sido reducido. De hecho, no es hasta 2015 cuando los líderes europeos toman conciencia de la trascendencia de lo que está pasando al otro lado del Mediterráneo y lo hacen cuando a raíz de atentados terroristas y de la crisis migratoria se dan cuenta de que esto puede tener consecuencias electorales. Ahora bien, la respuesta que se da a partir de entonces es más bien conservadora. La estabilización y no la promoción de un cambio democrático deviene, una vez más, la principal prioridad de las políticas europeas hacia la región.

## **5. África: contenedor de crisis o laboratorio de oportunidades**

Tanto en relaciones internacionales como en lo que se ha denominado «geopolítica popular» se emplean una serie de tópicos para referirse al continente africano. Se ha hablado mucho del continente olvidado y actualmente el concepto de moda es el del «despertar africano». A pesar de su simplismo, ambas ideas nos trasladan a realidades que hemos de tener presentes en el estudio de esta región: el peso del colonialismo y la explotación de los recursos del continente, por un lado, y el enorme potencial de crecimiento y cómo esto puede alterar los equilibrios globales, por el otro. En el ámbito de las relaciones internacionales uno de los temas en alza es la necesidad de descolonizar y recentrar la disciplina (Íñiguez y Wai, 2019; Arenal, 2014)

### **5.1. El lastre del pasado y la esperanza de un África emergente**

En el apartado anterior hemos visto cómo se ha calificado Oriente Medio como una región penetrada. Es un término que se queda corto para referirse a las estrategias de los poderes globales en África, marcada por el imperialismo y la explotación de sus riquezas naturales. Los niveles de explotación llegaron a su máxima expresión con fenómenos como la esclavitud, que tuvo su punto álgido a finales del siglo XIX con el comercio atlántico. A finales de aquel siglo casi la totalidad del continente africano quedó bajo dominación colonial europea, en lo que se denominó la «carrera de África», un proceso para hacerse lo más rápido posible con el control del territorio y de las riquezas africanas en el que competían poderes europeos consolidados (Francia y Reino Unido), los que estaban en declive (España y Portugal) y los emergentes que querían construir un imperio colonial (Alemania, Italia y Bélgica).

Durante la década de los cincuenta y los sesenta del siglo XX, la inmensa mayoría de los Estados africanos logran su independencia, coincidiendo con el declive de las potencias europeas después de la Segunda Guerra Mundial y el auge de los movimientos emancipadores de alcance global. La excepción fueron los territorios bajo soberanía portuguesa, que lograrán la independencia más tarde y después de las sangrientas guerras coloniales en Guinea-Bisau (proclamada en 1973 y efectiva un año más tarde), Angola y Mozambique (ambos en 1975, coincidiendo con la revuelta de los claveles en la metrópolis).

Después de décadas de explotación, de unos procesos de emancipación a menudo traumáticos, en pleno contexto de Guerra Fría y habiendo heredado unos Estados con fronteras artificiales, la construcción de los nuevos Estados no era nada fácil. Una de las preocupaciones de los líderes africanos era que la artificialidad de las fronteras pudiera provocar conflictos entre los nuevos Estados y por ello en la creación de la Organización de la Unidad Africana (1963)

se acordó reconocer las fronteras heredadas de la colonización y renunciar a modificarlas. Esta norma se rompió con la independencia de Eritrea en 1993 y la de Sudán del Sur en 2011.

Tanto la explotación de los recursos naturales como los conflictos, tema al que dedicamos el siguiente apartado, han sido un lastre para el desarrollo africano. Diecisiete de los veinte países menos desarrollados –si tomamos como indicador el índice de desarrollo humano– se encuentran en el continente africano. La esperanza de vida en África (61 años) es once años más baja que la media mundial y dieciséis años más corta que la media europea. No todo son malas noticias: algunos países de la región, como Senegal, Gambia y Malí, se encuentran –según cifras de la Unicef– entre los que han reducido más rápidamente las tasas de analfabetismo entre los jóvenes. En algunos casos las mejoras están vinculadas a niveles de partida muy bajos, como sucede cuando miramos los niveles de crecimiento económico. Si tomamos las cifras del Banco Mundial, observamos que el PIB de Etiopía ha crecido un 9 % de media entre 2013 y 2018. Más modestas pero igualmente notables son las cifras de crecimiento de Tanzania, Ruanda o Costa de Marfil. La tecnología también está revolucionando la economía y las sociedades africanas, con un aumento exponencial de internet y del tráfico de datos que se ha dado, fundamentalmente, por el uso de la telefonía móvil. Otro fenómeno que se añade a esta lista es el de la rapidísima urbanización. África subsahariana es la región del mundo donde el proceso es más acelerado y una de las consecuencias es que buena parte de este crecimiento se produce en asentamientos informales.

El fuerte crecimiento demográfico y económico en una parte del continente africano, así como las grandes carencias en desarrollo e infraestructuras, está atrayendo inversores públicos y privados, que ven un enorme potencial en el continente africano. China es el país que ha hecho una apuesta más fuerte por el continente africano, pero ha sido muy criticada por reproducir esquemas de explotación colonial, puesto que buena parte de las infraestructuras realizadas tienen como objetivo facilitar el transporte de las materias primas y la comercialización de los productos chinos. La UE, que había sido hasta hace poco el principal socio de buena parte de los países africanos, está intentando recuperar terreno, no solo con inversiones e iniciativas diplomáticas, sino también con la negociación de los acuerdos comerciales que tienen que sustituir el Tratado de Cotonou, que regula, hasta el año 2020, las relaciones entre la UE y 78 países africanos, caribeños y del Pacífico (países ACP, en el argot institucional europeo).

Otra dimensión muy diferente del África emergente se da en las dinámicas políticas y sociales. Las primeras décadas del siglo XXI se caracterizan por el dinamismo de la sociedad civil, la aparición de nuevos liderazgos y transiciones políticas incruentas.



A pesar de que es un país pequeño, Gambia es un caso relevante. En 2016 el presidente Jammeh perdió las elecciones y se resistía a abandonar el poder después de veintidós años gobernando el país con mano de hierro. Sin embargo, se vio obligado a hacerlo por la presión interna y la de sus vecinos africanos. La evolución política en Etiopía, en este caso por su peso específico, también es digna de mención. La elección del nuevo primer ministro, Abiy Ahmed Ali, con la promesa de poner en marcha un proceso de reforma política y también de resolver el conflicto fronterizo con Eritrea, ha supuesto un punto de inflexión. La elección de una mujer como presidenta de la República, Sahle-Work Zewde, también ha contribuido a situar la política etíope como una de las más dinámicas del continente y ha atraído la atención internacional.

## 5.2. Conflictos y perspectivas de paz

La violencia ha asolado el continente africano mucho antes del proceso de descolonización. Como hemos visto, la artificialidad de las fronteras heredadas de la colonización, la codicia por la explotación de los recursos naturales, las injerencias extranjeras, los conflictos políticos entre facciones enfrentadas y el establecimiento de regímenes autoritarios han contribuido a que sea una de las regiones especialmente violentada y brutalizada. Es también un espacio donde se han reportado y se están persiguiendo crímenes de guerra por parte de la justicia internacional, como el Tribunal Penal Internacional para Ruanda o los casos abiertos contra individuos acusados de crímenes de guerra, genocidio o crímenes contra la humanidad en la Corte Penal Internacional. Buena parte de los casos investigados se refieren a hechos ocurridos en África, concretamente en Burundi, la República Centroafricana, Costa de Marfil, Sudán, la República Democrática del Congo, Kenia, Malí y Uganda. Hay que señalar, en este punto, que una parte de los líderes africanos han acusado a esta estructura de tener doble rasero e incluso la han calificado de instrumento imperialista occidental. No obstante, el intento de que los países de la Unión Africana se retiraran en masa no prosperó.

Como sucede en Oriente Medio, el análisis de los conflictos africanos tiene que incorporar niveles de análisis diferentes y no contentarse con explicaciones que ponen el foco en un único elemento, bien sea la identidad o los recursos naturales. Teniendo en cuenta que es imposible desarrollar en el marco de este módulo un análisis de los actores y las dinámicas de cada uno de los conflictos de alcance regional, optaremos por señalar tres subregiones donde los niveles de violencia han sido más altos pero donde se han producido avances en clave de paz y reconciliación:

1) **Conflicto de los Grandes Lagos.** Es la denominación que reciben el conjunto de conflictos que implicaron a Estados y milicias de Ruanda, Burundi, Uganda y la República Democrática del Congo durante los años noventa y que provocaron el mayor número de víctimas después de la Segunda Guerra Mundial. El genocidio ruandés, el uso de niños soldados, la ineficiencia de las misiones internacionales de mantenimiento de la paz o los intereses económicos

en la explotación de las minas de coltán son algunos de los aspectos más relevantes de este clúster de conflictos. Como hemos visto, también es un espacio que es banco de prueba de la justicia internacional y, últimamente, Ruanda ha captado la atención internacional por los esfuerzos de reconciliación entre tutsis y hutus y la revisión crítica de los hechos de 1994.

2) **El cuerno de África.** Dentro de este espacio localizamos la implosión de Somalia, el enfrentamiento entre Etiopía y Eritrea, la guerra civil en Sudán del Sur y el conflicto en Darfur. Estos conflictos se caracterizan por desembocar en crisis humanitarias de gran magnitud, a menudo agravadas por condiciones climáticas precarias. Esto se traduce en crisis alimentarias y flujos de refugiados. El campo de refugiados más grande del mundo es el de Dadaab, en Kenia, donde han encontrado acogida más de 235.000 personas, la mayoría provenientes de Somalia. Otro elemento destacado es la dimensión internacional que han adquirido algunos de estos conflictos, entre los cuales destacan los intereses chinos en Darfur o el hecho de que la inestabilidad en Somalia provocara un aumento de la piratería en el océano Índico. Desde una perspectiva geopolítica, sobresale la importancia de Yibuti. Un país pequeño pero donde varios países, incluida China, han establecido bases militares. En clave de iniciativas de paz sobresalen las conversaciones entre Eritrea y Etiopía, impulsadas por el nuevo Gobierno etíope con ayuda de la mediación de los países del Golfo, así como un menos esperanzador proceso de paz en Sudán del Sur.

3) **El Sahel.** Así se denomina la franja de territorio que separa el desierto del Sáhara y las zonas más fértiles del África subsahariana, e incluye, entre otros países, Senegal, Mauritania, Malí, Burkina Faso, Níger, Nigeria o el Chad. Es un espacio que últimamente se ha caracterizado por el auge de movimientos terroristas, con fuertes raíces locales pero vinculados o bien a Al Qaeda, o bien al autodenominado Estado Islámico, que han puesto contra las cuerdas a los Estados de la región. Estos grupos actúan a menudo en zonas fronterizas y, por lo tanto, una de las características de las amenazas de seguridad en esta región es que se tienen que afrontar regionalmente. Sin embargo, las intervenciones de actores regionales o internacionales –Francia es el país que se ha implicado de manera más intensa– son criticadas por actuar solo con una lógica exclusivamente militar y por no abordar los problemas de desarrollo de este territorio.

### **5.3. Malí y Libia: el nexo de inseguridad Magreb-Sahel y su dimensión global**

En tiempo de Gaddafi, Libia intentó proyectarse como una potencia africana y utilizó sus recursos financieros y la personalidad de su dictador, que se autodenominaba el «rey de reyes» del continente. En estos momentos, Libia no es un actor sino un terreno de juego y sus vecinos africanos ven con preocupación cómo los efectos negativos del conflicto traspasan fronteras. La crisis en Malí de 2011 –grupos secesionistas y yihadistas tomaron el control del país hasta que fueron parcialmente desbancados por una operación liderada por Francia y el Gobierno de Bamako– se explica, en buena parte, por la capacidad

de grupos rebeldes y yihadistas para acceder a armamento que se encontraba en territorio libio. También hay que tener en cuenta que algunos de los grupos armados, como las milicias tuareg o tubu, están establecidos en los dos lados de la frontera, y que Libia y el Sahel están plenamente integradas en las rutas de tráfico ilegal que recorren el continente africano y que lo conectan con Europa (migrantes) o América Latina (estupefacientes).

Una de las características de las crisis humanitarias en el Sahel, pero también en el conjunto del continente africano, es que no son atribuibles solo a los conflictos. La degradación medioambiental, los efectos del cambio climático o las malas condiciones de salud pública que favorecen la expansión de pandemias, también son causas de estas. Por ello, este es uno de los espacios donde empieza a hablarse de refugiados medioambientales y también uno de los ámbitos de trabajo prioritario para las agencias internacionales de salud, como se demostró con la reciente campaña para frenar el virus del Ébola.

#### **5.4. Potencias africanas y regionalismo**

Una de las características del regionalismo en el África subsahariana es la superposición de proyectos continentales, como la Unión Africana, con otros que tienen un alcance subregional, como la ECOWAS (siglas inglesas de la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental) o la SADC (Comunidad para el Desarrollo del África Austral). De hecho, África es uno de los espacios donde el regionalismo tiene más dinamismo y donde hay niveles de integración más altos. Por ejemplo, hay dos uniones monetarias para el África del Oeste y para el África Central. Sin embargo, en este caso la integración es fruto de la herencia colonial y en la medida en que la moneda tiene un valor fijo respecto del euro y es el Banco Central de Francia el que garantiza su convertibilidad, son vistas como un elemento de perpetuación de la influencia de la antigua metrópolis. Precisamente por eso, la ECOWAS hace años que trabaja en un proyecto de unidad monetaria propia y, en el ámbito de la seguridad, ha desarrollado mecanismos y fuerzas de mantenimiento de la paz. Esto ha permitido a ECOWAS poner en marcha intervenciones en la Costa de Marfil (2003), Liberia (2003), Guinea-Bissau (2012), Malí (2013) y Gambia (2017), y contribuir a reforzar la idea de que los problemas africanos requieren soluciones africanas.

La Unión Africana como organización regional no percibe el desarrollo de procesos subregionales como el de la ECOWAS como una amenaza, sino más bien como un complemento y una posibilidad de ir más allá de forma práctica entre un grupo más pequeño y homogéneo de miembros. La Unión Africana, sin embargo, sigue siendo un foro político relevante. Un ejemplo de ello son las decisiones que se toman en su seno en relación con posibles golpes de Estado, que eventualmente suponen suspensiones o sanciones. Uno de los temas que

generan menos consenso dentro de la Unión Africana es todo lo que tiene que ver con el Sáhara Occidental. En 1984, Marruecos abandonó la Organización para la Unidad Africana (OUA), precedente de la Unión Africana actual, como protesta por la aceptación de la República Árabe Saharaui y Democrática, y Rabat no se reintegró hasta el año 2017. De hecho, es entre varios países africanos donde el Frente Polisario tiene más apoyo internacional. Aparte de Argelia, Sudáfrica es el principal valedor de las posiciones saharauis.

Este diagnóstico del regionalismo tiene un claro reflejo en la estructura de potencias regionales. No podemos hablar de una potencia regional hegemónica en todo el continente, sino más bien de potencias regionales hegemónicas en entornos subregionales: Nigeria en el África Occidental y Sudáfrica en el África Austral. Un país como la República Democrática del Congo (DRC) habría podido representar un papel en África Central, pero los conflictos internos le han impedido explotar su potencial. El nuevo dinamismo político en Etiopía puede indicar una mayor proyección en el África del Este y en el mar Rojo. Finalmente, potencias árabes como Egipto, Marruecos y Argelia también tienen una política africana propia y a menudo rivalizan entre ellas o con otros actores regionales para proyectar su influencia.

## 6. Europa: crisis superpuestas

El estudio de las dinámicas regionales en Europa ha tenido un papel central en la creación de las relaciones internacionales como disciplina. En 1919 un grupo de treinta y siete académicos y expertos del Reino Unido y Estados Unidos que habían participado en la Conferencia de Paz de París se reunieron en el Hotel Majestic de París para discutir cómo seguir manteniendo su colaboración. De estos debates surgirá la creación del British Institute of International Affairs, o Chatham House, en Londres en 1920, y del Council of Foreign Relations, en Nueva York un año después. En 1919 también se creó el primer Departamento de Política Internacional en el Colegio Universitario de Aberystwyth de Gales. El estudio de las dinámicas regionales en Europa estuvo marcado, en un inicio, por el foco en el trauma de la Primera Guerra Mundial. Más adelante, la creación en 1957 de la entonces Comunidad Económica Europea (CEE), precedente de la Unión Europea (UE), dará lugar a un fértil campo de estudio de lo que, a veces, se ha calificado como subdisciplina dentro de las relaciones internacionales: la integración europea o estudios europeos. Se habla de una subdisciplina en la medida en que surgirán marcos conceptuales propios. Es lo que se conoce como teorías de integración europea (Rosamond, 2000).

Con la puesta en marcha del proyecto de construcción europea emergen, pues, una serie de debates que Esther Barbé (2014) ha agrupado en tres bloques: la UE como subsistema internacional, la UE como sistema de política exterior y la UE como actor internacional. Más recientemente, la UE ha vivido un periodo difícil con la superposición de diferentes crisis: la del propio proyecto de integración, la económica, la democrática y la de vecindad. El caso más extremo de esta superposición de crisis es el Brexit y, por lo tanto, no debería sorprender que esté surgiendo una nueva literatura sobre las teorías de desintegración (Jones, 2018).

### 6.1. Crisis del proyecto de integración europea

La Unión Europea no es la única manifestación del proceso de integración. Hay otros marcos regionales, como el Consejo de Europa, formado por cuarenta y siete países, entre ellos Rusia y Turquía, que es la organización más prominente en materia de derechos humanos. Sin embargo, en la medida en que el estudio de la Unión Europea es el que ha generado más interés y el que ha dado pie a una conceptualización más sofisticada, en este subapartado nos centraremos en esta organización.

Suele diferenciarse entre dos dimensiones del proyecto de integración: la ampliación (*widening*) y la profundización (*deepening*). La entonces CEE fue fundada en 1957 por seis Estados (Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo

y Países Bajos) y experimentó diferentes ampliaciones. La ampliación más importante –y también la que generó más debate político y académico– es la que se produjo hacia los países del centro y del este de Europa entre 2004 y 2007. La UE pasó de quince a veintisiete miembros, con lo cual aumentó significativamente su complejidad y se modificaron algunas de las líneas de fracturas tradicionales dentro de la UE (entre estados grandes y pequeños, entre atlantistas y europeístas, etc.). Desde la academia se ha intentado dar respuesta a tres preguntas diferentes:

- a) ¿Por qué los países quieren integrarse en la UE y cómo lo hacen –un elemento que ha contribuido a la creciente literatura sobre el fenómeno de la europeización?
- b) ¿Por qué la UE quiere ampliarse y por qué es más proclive a la aceptación de algunos candidatos que de otros –aspecto en el que entran la ponderación de intereses, identidades y normas?
- c) ¿Cuál es el impacto de la ampliación sobre el proceso de construcción europea tanto en cuanto a la voluntad de integración como a los cambios en la correlación de poder y dinámicas institucionales que se derivan de ello?

Ampliación y profundización se han presentado, a menudo, como dos caras de la misma moneda. La Unión Europea no puede ampliarse sin avanzar previa o paralelamente en un proceso de mayor integración que permita la digestión de un número más elevado de Estados miembros. De hecho, cuando se plantea la ampliación a los países del centro y este de Europa también se inicia un proceso que habría tenido que culminar en la adopción de una constitución europea. Sin embargo, el rechazo en referéndum en Francia y los Países Bajos –curiosamente dos de los miembros fundadores– abortará este proceso. La alternativa fue la aprobación del Tratado de Lisboa en 2007, que, de manera más modesta, introduce reformas institucionales significativas. Entre otros, se dan más poderes al Parlamento europeo, se introduce la figura del presidente permanente del Consejo Europeo y el alto representante de la Unión Europea para Asuntos exteriores y Política de Seguridad. Otro cambio especialmente relevante es que por primera vez se contempla el mecanismo de salida de un miembro de la UE. Es el famoso artículo 50 del Tratado de la UE y que fue invocado por el Reino Unido después del referéndum sobre su pertenencia a la UE del año 2016.

En un contexto muy marcado por el Brexit, por el anterior fracaso de adopción de la constitución europea y por la desaceleración del proceso de ampliación, aumentan las voces que hablan de una crisis del proyecto de integración. Lo que indudablemente se ha producido es una adaptación a las nuevas circunstancias. Cada vez es más habitual lo que se conoce como mecanismos de integración diferenciada. Es decir, las fórmulas por medio de las cuales algunos Estados miembros se autoexcluyen de algunos marcos de integración o se crean otros en los que solo participan un grupo restringido de miembros. En algu-

nos casos lo que permiten estos mecanismos es la integración de no miembros en el mercado único, la unión aduanera o el espacio Schengen. Las crisis suelen ser momentos proclives a la innovación y que reclaman grandes dosis de adaptabilidad. Parece que la UE se encuentra en uno de estos momentos.

## **6.2. Crisis económica o de solidaridad**

Lo que empezó como una crisis financiera global con la quiebra de Lehman Brothers como desencadenante del pánico en los mercados internacionales, se tradujo en Europa en una crisis de la deuda soberana. La desaceleración económica, las quiebras bancarias y la desconfianza de los mercados sobre la capacidad de las economías de la periferia de la zona euro, situaron a Irlanda, Grecia, Portugal, Chipre y España en una situación crítica. El déficit público y los diferenciales de prima de riesgo aumentaron exponencialmente y se cerraron los grifos del crédito internacional. Ante el riesgo de quiebra y de las implicaciones que esto podía tener para la sostenibilidad de la unión monetaria, el Banco Central Europeo, las instituciones y los Estados miembros se movilizaron en lo que se conoce como mecanismos de rescate.

El caso más extremo fue el de Grecia, donde se requirió un rescate por parte de la UE y del Fondo Monetario Internacional, que tuvo como contrapartida subidas de impuestos y políticas de austeridad especialmente agresivas. La crisis griega vivió momentos especialmente críticos, como el referéndum de 2015, en el que un 61 % de los electores rechazaron las condiciones del rescate propuesto por la Unión Europea, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo. Paradójicamente, esto situó al Gobierno griego en una situación de tal debilidad que los jefes de Estado y de Gobierno de la zona euro impusieron unas condiciones todavía más draconianas en el tercer rescate.

Las implicaciones de esta crisis económica para el proyecto de integración europea han sido de carácter muy diferente. En primer lugar, la crisis obligó a la UE a dotarse de mecanismos para hacerle frente, y avanzó, por ejemplo, hacia una unión bancaria. Sin embargo, otras medidas como la mutualización de la deuda (los llamados eurobonos) no llegaron a prosperar y han generado dudas sobre la capacidad para afrontar un choque económico de estas dimensiones. En segundo lugar, reforzó las fracturas dentro de la UE entre países acreedores y deudores, lo que generó también una fuerte crispación política dentro de los países más afectados. En tercer lugar, las políticas de austeridad que se impusieron empeoraron la imagen y la confianza hacia las instituciones europeas. Una tendencia que solo se ha revertido ante las dificultades que ha supuesto el Brexit y que ha hecho que fuerzas políticas que defendían la salida de la UE o de la unión monetaria modularan su discurso. En cuarto lugar, la crisis económica mantuvo a los líderes políticos ocupados en la gestión de los problemas internos de la UE y menos activos, por lo tanto, en el ámbito internacional.

La crisis que afrontó la UE desde 2008 no ha sido meramente económica, sino que ha supuesto una crisis de solidaridad. El propio presidente de la Comisión, Jean Claude Juncker, lamentó que la UE no mostrara suficiente solidaridad con Grecia y que se diera demasiado peso a las directrices del FMI. Uno de los principales temores es que el uso partidista y a menudo populista de esta crisis económica no favorezca una respuesta solidaria y efectiva si la economía europea volviera a estar en dificultades, ya sea por factores globales o internos, como la delicada situación de las finanzas italianas o las consecuencias del Brexit.

A pesar de que la emergencia de fuerzas populistas es muy anterior, la crisis económica las ha reforzado. Es en este ámbito donde la crisis económica y la democrática convergen y se refuerzan mutuamente. Este es un fenómeno que se produce en los países más afectados por la degradación económica. En cuanto al populismo nacionalista y de extrema derecha, se ha llegado a extremos como el de la aparición de un partido filonazi en Grecia (Amanecer Dorado) o de Alternativa por Alemania, un movimiento de extrema derecha con algunas corrientes abiertamente xenófobas. Tanto o más preocupante es la centralidad en el proceso de toma de decisiones de líderes como Salvini en Italia u Orban en Hungría. Una de las novedades principales es la configuración de una internacional populista de derechas, a menudo con ramificaciones al otro lado del Atlántico, que está dispuesta a combatir para conseguir el control de la UE. Si en el pasado estas fuerzas solían defender la salida de sus países de la UE, ahora proponen devolver poder a los Estados y utilizar los mecanismos comunes para promover sus postulados políticos.

La Unión Europea y el Parlamento europeo son, naturalmente, un reflejo de tendencias políticas que también se observan en la mayoría de los Estados miembros. En este sentido, hay que señalar la crisis vivida por los partidos tradicionales y que ha afectado tanto a las fuerzas socialdemócratas como a las de centroderecha. Mientras que los primeros han sufrido los efectos de la crisis económica y de la globalización –siendo acusados por sus bases de haberlos dejado desprotegidos–, los segundos han visto con preocupación la emergencia de fuerzas de extrema derecha, que han llegado a adoptar o normalizar algunas de sus posiciones. La crisis de los partidos tradicionales ha ido acompañada de la emergencia de nuevas fuerzas políticas –contribuyendo así a una mayor fragmentación del espectro político– o el reforzamiento de movimientos, como el ecologismo o el feminismo, que han adquirido más centralidad política y que condicionan cada vez más la agenda de las fuerzas tradicionales.

### **6.3. Rodeados por un anillo de fuego**

A las crisis que han afectado a la UE o a sus Estados miembros se han sumado los altos niveles de inestabilidad política y violencia en los países de su entorno. En 2004, coincidiendo con la ampliación al este, la UE diseñó una nueva política hacia los países de la Europa oriental que no eran candidatos a la adhesión y hacia los países del sur y este del Mediterráneo, que denominó Po-



lítica Europea de Vecindad. Era una política que aspiraba a promover reformas y la armonización de estos países con los estándares y las prácticas de la UE. El objetivo último era, en palabras de Romano Prodi, entonces presidente de la Comisión Europea, establecer un anillo de países amigos, bien gobernados, estables y pacíficos. Una década después, el semanario *The Economist* utilizaba la metáfora rodeada por un anillo de fuego.

Al este, la UE tenía que hacer frente a una Rusia desafiante. En el invierno de 2013-2014 se produjeron unas manifestaciones populares en Kiev, conocidas como la Euromaidán, que provocaron la caída del presidente Víctor Yanukóvich, a quien acusaban de ser demasiado prorruso. Moscú reaccionó acusando a Occidente de manipulación y alertando de los peligros para la unidad de Ucrania. También negó la legitimidad del nuevo Gobierno ucraniano, al que calificaba de golpista. En febrero, sin embargo, la escalada verbal derivó en algo más importante. Rusia apoyó los movimientos secesionistas en Crimea y en marzo se consumó la anexión de esta península de mayoría rusófona en lo que fue calificado de desafío al orden de seguridad europeo establecido con el Acta Final de Helsinki de 1975. Moscú fue más allá y abrió un segundo frente al apoyar los movimientos secesionistas del Donbass, que están en lucha contra el Gobierno ucraniano y que corre el riesgo de convertirse en un conflicto congelado como tantos otros del antiguo espacio exsoviético (Nagorno-Karabaj, Osetia, Abjasia o Transnistria). Esta situación generó un alto nivel de tensión entre la UE y Rusia. Algunos Estados miembros, como las Repúblicas Bálticas, temían que Moscú intentara repetir operaciones parecidas con las minorías rusófonas de sus países y pidieron apoyo a la OTAN, que desplegó tropas adicionales en estos territorios. La UE también adoptó varias rondas de sanciones contra individuos, organizaciones y sectores estratégicos. Rusia también aplicó sanciones hacia los productos europeos y esto provocó algunas fisuras entre europeos, puesto que países como Bulgaria, Eslovaquia, Italia, Grecia o Hungría empezaban a defender una distensión.

#### **6.4. Balcanes: trauma y escenario de rivalidad paneuropea**

Los Balcanes es uno de los espacios donde las posiciones entre la UE y Rusia suelen divergir, pero también es un ámbito donde los europeos no siempre se ponen de acuerdo (el reconocimiento de Kosovo es el ejemplo más claro de ello). La guerra de la antigua Yugoslavia supuso un trauma colectivo para la UE por no haber podido evitar una guerra en el corazón de Europa y por haber tenido que recurrir a la OTAN. Los problemas de seguridad y convivencia en este territorio no se han resuelto y la falta de una perspectiva clara de integración en la UE no lo favorece. Aun así, no todo son malas noticias, como lo demuestra el acuerdo entre Macedonia del Norte y Grecia sobre el nombre del país.

Junto con Rusia, el otro vecino complicado para la UE es Turquía. Es un país candidato a la adhesión desde 1999 e inició las negociaciones para incorporarse a la UE en 2005. Actualmente el proceso está prácticamente bloqueado. La no resolución del conflicto chipriota, los altos niveles de oposición a esta ad-

hesión entre la opinión pública europea, así como la involución democrática en el país son los tres principales obstáculos. En este último punto, la represión de las protestas de Gezi, el fin de las conversaciones de paz con el PKK y la reacción autoritaria al golpe de Estado fallido de 2016 situaron las relaciones entre la UE y Turquía en una situación crítica. Sin embargo, la llegada de refugiados a las costas griegas y desde allí al centro de Europa convirtió a Turquía en un socio indispensable. A pesar de que Erdogan se permite criticar de forma ostensible a la UE, se presenta a sí mismo como la víctima de una conspiración internacional y se acerca cada vez más a las posiciones de Moscú, parece que ni Turquía ni la UE tienen interés en poner en peligro el nivel de cooperación que tienen actualmente. Los turcos saben que la economía entraría en una situación de extrema vulnerabilidad y los europeos quieren seguir contando con la colaboración de Ankara en materia de fronteras y refugiados.

De hecho, lo que se denominó la crisis de refugiados de 2015 supuso un punto de inflexión en la percepción de los líderes europeos respecto a lo que sucedía en su entorno más cercano. Entendieron que los niveles de inestabilidad y conflicto de Siria, Libia y otros países vecinos podían traspasar fronteras, fuera en forma de refugiados o incluso de atentados terroristas. Empezaron a prestar más atención a las crisis que atravesaban sus vecinos mediterráneos, pero la respuesta fue, mayoritariamente, optar por políticas de estabilización que han sido utilizadas por Gobiernos autoritarios no solo para blanquearse sino para exigir más apoyo –político, militar o financiero– a sus socios europeos.

## Resumen

En este módulo hemos podido observar cinco elementos compartidos en los diferentes espacios regionales:

- El declive de la hegemonía de Estados Unidos como única potencia global y la configuración de un sistema internacional policéntrico o multipolar dan más relevancia a los actores y dinámicas regionales.
- No hay una fórmula única de sistema regional. El número de potencias regionales, el nivel de autonomía de los espacios subregionales y la penetración o permeabilidad de actores globales son los factores más relevantes en su configuración.
- El regionalismo es una tendencia compartida en todo el mundo. La construcción europea había sido, tradicionalmente, el modelo de referencia. Tanto en Europa como en el resto de las regiones observamos procesos de fragmentación que no eliminan el regionalismo, pero que sí contribuyen a modificar su forma o incluso su naturaleza.
- Buena parte de los conflictos internacionales tienen que incorporar tres niveles de análisis: doméstico, regional y global. En el ámbito regional, los conflictos suelen desbordar las fronteras de un país, ya sea por la violencia o por sus efectos, y las potencias regionales miden su fuerza en estos espacios de conflicto.
- En un momento en el que el orden internacional está cuestionado, el desafío se extiende a los órdenes regionales. Ahora bien, antes de hablar de un cambio de orden tendríamos que plantearnos si lo que observamos no es un cambio o un desafío dentro del orden preexistente.



## Bibliografía

**Acharya, Amitav** (2014). *Constructing a Security Community in Southeast Asia*. Abingdon: Routledge.

**Acharya, Amitav** (2016). «Advancing Global IR: Challenges, Contentions, and Contributions». *International Studies Review* (vol. 18, núm. 1, marzo, págs. 4-15).

**Arenal, Celestino**. *Etnocentrismo y teoría de las relaciones internacionales: una visión crítica*. Madrid: Tecnos.

**Ayubi, Nazih** (2017). *Política y sociedad en Oriente Próximo: la hipertrofia del Estado Árabe*. Barcelona: Bellaterra.

**Bank, André; Edel, Mirjam** (2015). «Authoritarian Regime Learning: Comparative Insights from the Arab Uprisings». *GIGA Working Paper* (núm. 274).

**Barbé, Esther** (2014). *La Unión Europea en las relaciones internacionales*. Madrid: Tecnos.

**Bellin, Eva** (2004). «The Robustness of Authoritarianism in the Middle East: Exceptionalism in Comparative Perspective». *Comparative Politics* (vol. 36, núm. 2, págs. 139-157).

**Brown, L. Carl** (1984). *International Politics and the Middle East. Old Rules, Dangerous Game*. Princeton: Princeton University Press.

**Buzan, Barry; Waeber, Ole** (2003). *Regions and Powers. The Structure of International Security*. Cambridge: Cambridge University Press.

**Del Sarto, Raffaella; Malmvig, Helle; Soler i Lecha, Eduard** (2019). «Interregnum: the regional order in the Middle East and North Africa After 2011» [en línea]. *MENARA final report* (núm. 1). [http://www.menaraproject.eu/wp-content/uploads/2019/03/menara\\_fr\\_1-1.pdf](http://www.menaraproject.eu/wp-content/uploads/2019/03/menara_fr_1-1.pdf)

**Fawcett, Louise** (ed.) (2016). *International Relations of the Middle East*. Oxford: Oxford University Press.

**Fawcett, Louise; Hurrell, Andrew** (eds.) (1995). *Regionalism in World Politics. Regional Organization and International Order*. Oxford: Oxford University Press.

**Hiltermann, Joost** (2017). «Tackling the MENA Region's Intersecting Conflicts» [en línea]. ICG Commentaries. <https://www.crisisgroup.org/node/5985>

**Íñiguez, Marta; Wai, Zubairu** (2019). *Recentering Africa in International Relations: Beyond Lack, Peripherality, and Failure*. Basingstoke: Palgrave MacMillan.

**Izquierdo, Ferran** (ed.) (2008). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Barcelona: Bellaterra.

**Jones, Eric** (2018). «Towards a theory of disintegration». *Journal of European Public Policy* (vol. 25, núm. 3, págs. 440-451, doi: 10.1080/13501763.2017.1411381).

**Katzenstein, Peter J.** (2000). «Regionalism and Asia». *New Political Economy* (vol. 5, núm. 3, págs. 353-368).

**Khanna, Parag** (2019). *The Future in Asian*. Nueva York: Simon & Schuster.

**Lake, David A.; Morgan, Patrick M.** (eds.) (1997). *Regional Orders. Building Security in a New World*. University Park: Pennsylvania State University Press.

**Leonard, Mark** (2008). *¿Qué piensa China?: El debate interno sobre su futuro*. Barcelona: Icaria.

**Mahbubani, Kishore** (2008). *The New Asian Hemisphere: The Irresistible Shift of Global Power to the East*. Nueva York: Public Affairs.

**Montobbio, Manuel** (2017). *Ideas chinas*. Barcelona: Icaria.

**Nolte, Detlef** (2014). *Latin America's New Regional Architecture: A Cooperative or Segmented Regional Governance Complex?* Florencia: European University Institute (RSCAS working paper 2014/89).

**Rosamond, Ben** (2000). *Theories of European Integration*. Basingstoke: Palgrave.

**Salloukh, Bassel F.; Brynen, Rex** (2004). *Persistent Permeability? Regionalism, Localism, and Globalization in the Middle East*. Farnham/Burlington: Ashgate.

**Sanahuja, José Antonio** (2017). «Regionalismo e integración en América Latina: de la fractura Atlántico-Pacífico a los retos de una globalización en crisis». *Pensamiento Propio* (núm. 44, págs. 29-75).

**Yahuda, Michael** (2011). *The International Politics of the Asia-Pacific*. Abingdon: Routledge.

## Lecturas seleccionadas

**Buzan, Barry; Waeber, Ole** (2003) *Regions and Powers. The Structure of International Security*. Cambridge: Cambridge University Press.

Una aproximación teórica y empírica que pone el foco en las regiones como unidad de análisis en el estudio de la seguridad global. El texto propone un marco teórico aplicable a cualquier región y aborda con detalle cada uno de los complejos de seguridad regional. Los autores afirman que son construcciones sociales y, por lo tanto, pueden cambiar su forma, límites y naturaleza con el paso del tiempo.

**Fawcett, Louise** (2014) «Exploring Regional Domains: A Comparative History of Regionalism». *International Affairs* (vol. 80, núm. 3, págs. 429-446).

Este texto ofrece una visión general de la historia y el desarrollo del regionalismo con el objetivo de proporcionar un marco para reflexionar sobre su progreso y perspectivas en diferentes partes del mundo. La autora argumenta que el regionalismo se ha convertido en un componente cada vez más importante de las diferentes estructuras de gobernanza global y que los Estados, las instituciones multilaterales o los actores no estatales ya no pueden ignorar su potencial.

**Nolte, Detlef** (2010) «How to Compare Regional Powers: Analytical Concepts and Research Topics». *Review of International Studies* (vol. 36, núm. 4, octubre, págs. 881-901).

Este artículo es el primero de un número monográfico dedicado a las potencias regionales. A pesar de ser un término muy utilizado, no existe consenso sobre las características definitorias de una potencia regional. El artículo analiza diferentes enfoques teóricos que abordan el tema de las jerarquías de poder en la política internacional y hacen referencia al concepto de potencia regional.

